

¡Yo vencí al Cid!

Os voy a contar una historia que me pasó un día. Estaba en la biblioteca de Cabanillas y solo leyendo Manolito Gafotas cuando de repente viví algo muy raro; algo que si me lo cuentan, no me lo creo, como os va a pasar a vosotros; pero os juro que no miento: cuando levanté los ojos de las páginas, vi que los libros de Historia ¡eran los únicos libros de la biblioteca! Miré por todas las estanterías, pero no encontré nada. Mientras paseaba por la sección infantil, buscando por todas partes de reojo vi que un libro de "Historia de Cristóbal Colón contada a los niños" venía a por mí a toda velocidad. Cogí mi mochila y le pegué un golpetazo monumental que retumbó por toda la biblioteca. Pero no sirvió de mucho porque el libro volvía hacia mí como un boomerang. Entonces salí de la sala y corrí hacia la sección de poesía. El libro no quiso ni acercarse, porque dijo que era muy aburrida. Vi el teléfono en la mesa de la bibliotecaria, así que mientras recitaba versos de Gustavo Adolfo Bécquer, gritando todo lo que podía para que el libro no se acercara (¡¡¡VOLVERÁNNNNN LAS OSCURASSSS GOLONDRIIIIIINNNAAAAASSSSSSSSSSSSSSSSSS!!!), me arrastré hacia la mesa, llamé a la policía al número 44566 y pedí ayuda. Cuando la policía llegó (bueno, era solo uno) pilló por sorpresa al libro y lo atrapó. Entonces, 123 libros atacaron al poli, que me cogió del brazo y me llevó hasta el cuarto de limpieza. Mientras él tiraba una mesa y la ponía como escudo, yo cogí dos cubos y los llené de agua, porque a los libros no les gusta el agua, es su gran enemigo. Ya estábamos listos para luchar. La batalla empezó y los libros atacaron en grupos de diez en diez. Pero nosotros mojamos a 100 libros. Solo quedaban veintitrés. Derrotamos a

veintidós a sillazos y solo quedaba el que parecía el jefe: "EL CID CONTADO A LOS NIÑOS". Nos esforzamos mucho para derrotarlo pero era demasiado fuerte. Tenía la fuerza de mil hombres. Pero nosotros éramos más listos: entre los dos conseguimos arrancarle un puñado de páginas, que hizo que perdiera fuerza. Y así seguimos hasta que no quedó ni una. Las tapas quedaron bocabajo en el suelo. Antes de morir, el libro dijo en un suspiro VIVAN LOS LIBROS DE HISTORIA y murió. A mí me dieron la medalla a la valentía y, aunque he vuelto a la biblioteca, nunca paso por esa sección.

FIN